

Fecha en Madrid á postrero de Diciembre de mil y quinientos y noventa y cuatro años—Yo el Rey—Por mandato del Rey nuestro Señor, Ioan de Ibarra—A la Universidad de Sigüenza que á cuatro Colegiales Seminarios que han oido Artes y Teología en el Colegio del Monasterio de San Lorenzo el Real, dé los grados en virtud del Breve que se le mostrará»¹.

II.

RIQUEZAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

No es capaz de abarcar la estrechez de este capítulo las numerosísimas obras científico-literarias que el Rey D. Felipe II adquirió con su celo y sus dineros para que fueran tesoro de nuestras bibliotecas y provecho de los siglos por venir. La muchedumbre de volúmenes obtenidos por S. M. escritos en las lenguas principales de Oriente y de Occidente; la veneranda antigüedad de la mayor parte de ellos; el mérito de las materias que contienen; los caracteres viejos y primitivos con que se imprimieron; su origen y procedencia, y, en fin, el trabajo y desvelos del Rey en buscarlos, son argumentos suficientes y harto demostrativos del punto que vengo declarando; conviene á saber: que D. Felipe II fué amantísimo del saber y verdadero progreso de la humana inteligencia. Mas como el principal acopio de libros y obras literarias habido por el Católico Monarca se encuentra aún hoy mismo en la famosa Biblioteca del Escorial, acuda allí quien dude, y verá con sus propios sentidos la multitud, valor y riqueza de tantos y tan voluminosos impresos y manuscritos. Para dar cuenta y razón de todos

¹ Puede verse este curioso documento original en el archivo del Monasterio de S. Lorenzo, cajón 3.º Anda además impreso en el Reglamento arriba citado «El Seminario y Colegio de San Lorenzo del Escorial.» Madrid, 1867. La Universidad de Sigüenza, en cuyas aulas florecieron las ciencias y las artes con tanto resplandor durante los siglos pasados que llaman de la Inquisición y del oscurantismo, es otra de las muchas que perecieron en este siglo merced á los huracanes y las tempestades del moderno progreso y las libertades reprobadas.

ellos, uno por uno, menester serían muchos tomos y no menos conceptos bibliográfico-paleográficos ajenos de este lugar. Por la cual razón, con rapidez y muy en globo, voy á indicar, y no á describir, las preciosidades científico-literarias que en la escurialense Biblioteca acumuló su Real Fundador¹.

Todos los historiadores del Monasterio de San Lorenzo apuntan muy conformes entre sí, que el Rey Prudente, desde que se puso la primera piedra de la fábrica, tuvo firme propósito de formar allí una biblioteca grande, selecta y riquísima. El Padre Quevedo, copiando al ya citado Fr. José de Sigüenza, hablando de los pensamientos del Rey tocantes á este punto, escribe las palabras que siguen: «Ya desde el principio de la fundación se había propuesto Felipe II formar en el Escorial una rica y escogida biblioteca; y cuáles eran sus intenciones relativamente á este interesante objeto, cuál el concepto que tenía de este género de establecimientos literarios, puede inferirse de sus mismas palabras, que he copiado de la instrucción que dió para la impresión de la Biblia Regia, de que estuvo encargado Arias Montano. *Esta es* (dice de la Biblioteca del Escorial) *una de las principales riquezas que yo quería dejar á los religiosos que en él hubiesen de residir, como lo más útil y necesario.* Para llenar, pues, esta grande idea, desde 1575 comenzó á reunir en el Escorial gran número de libros, tanto impresos como manuscritos, dando él para que sirviesen de base cuatro mil volúmenes, muchos de ellos originales manuscritos antiguos en varias lenguas y de diversas facultades².

¹ Los que hay en esta Biblioteca son impresos en todas lenguas, singularmente en la latina, griega, hebrea, castellana é italiana. La encuadernación es en pasta con forro encarnado y los cortes de las hojas dorados, que hacen majestuosa consonancia con todo lo demás del adorno. Fr. Andrés Jimenez: Descripción de San Lorenzo, pág. 196.

² *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, por D. José Quevedo, parte 1.ª, cap. VIII, pág. 70: Madrid, 1854. El Padre Sigüenza, hablando de esto mismo, dice: «El fundamento y principio (de la Biblioteca) fué la misma librería del Rey D. Felipe II, nuestro Fundador, que tenía en su Palacio, en que muchas veces se holgaba de leer y se entretenía el tiempo que le quedaba de tantas y tan grandes ocupaciones en ejercicio tan importante á los Reyes.....» Lib. IV, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 774: Madrid, 1603.

Consta, pues, que estos primeros cuatro mil volúmenes de tanto precio con que el Prudente Monarca echó fundamentos á la escurialense Biblioteca, pertenecían á su librería particular, desprendiéndose de todos ellos con desinterés laudable y grande provecho de las inteligencias que en lo sucesivo los habían de escudriñar. Muchas veces, en los no pocos años que me cupo la suerte de regir y tener á mi cuidado la conservación de la Real Biblioteca de San Lorenzo, tomé en mis manos con veneración debida muchos de estos libros pertenecientes al Fundador. Los dan á conocer y ponen de manifiesto las armas reales que llevan al frente y la encuadernación especial, que es comunmente en taflete negro ó morado, y sobre tablas ¹.

Felipe II, que no se daba momento de sosiego en el traer y procurar á su naciente biblioteca tesoros de ciencia y literatura, habida noticia de cómo los herederos del célebre D. Diego de Mendoza querían vender sus libros, tan numerosos como excelentes, mostró vivos deseos de adquirirlos por su valor y precio convenido ². Cuando alguno públicamente indicó en discurso parlamentario que el Rey Prudente hubo para sí la biblioteca de Mendoza y otros objetos por vías de incautación, sin duda olvidaba ó no sabía que D. Felipe adquirió la biblioteca magnífica de D. Diego por compra-venta justísima y legal, obligándose solemnemente á pagar todas las deudas que contra el finado ilustre resultaban después de su muerte. La cual verdad escribieron para quienes pudieran dudar, el P. Santos, el P. Jiménez, Bermejo, Quevedo y otros historiadores de

¹ «Se hizo la primera entrega en 1575, y aún se conserva un códice que contiene el catálogo de los libros que se iban recibiendo, según venían en los cajones.» Quevedo: Descripción del Monasterio, en su *Historia*, pág. 328.

² D. Diego de Mendoza fué aquel celebrado caballero, buen diplomático, embajador en Roma y en Venecia, ilustre y muy docto, que, como hermano del Marqués de Mondéjar y Conde de Tendilla, floreció en aquellos años del Rey. El Padre Sigüenza nota que su excelente librería pasó á D. Felipe por vía de legado, ó manda testamentaria. Pero otros historiadores que se van citando afirman que fué comprada por el Rey, y en justo precio.

la octava Maravilla, tratando de su famosa biblioteca ¹. No hay duda, sinó que los libros del celebrado Mendoza, comprados por S. M., son de los mejores y de mayor estima entre cuantos volúmenes encierra aquella biblioteca. Porque hay entre ellos, no solamente manuscritos de suma importancia por las materias que contienen, sinó impresos rarísimos y muy antiguos, de aquellos que los paleógrafos suelen bautizar con el nombre de *incunables*. Muchas veces los contemplé en la mano, distinguiéndolos con mucha facilidad entre todos, ya por su encuadernación particular, y ya por el nombre de su dueño, que abreviado se muestra escrito en lo alto de la portada. En casi todos ellos se observa una de sus cubiertas con pasta de color negro, y otra *idem* de color encarnado. Y en medio de cada cual ofrécese una especie de escudo ó medallón con figuras de relieve dorado y líneas paralelas que lo ocupan de alto á bajo ².

Por tales caminos iba el Católico Príncipe acaudalando tesoros de ciencias y literatura en su famoso Monasterio para que el mundo venidero se instruyese y predicase al propio tiempo, cómo D. Felipe, Rey de España, siempre había amado, jamás detenido, el curso del humano y divino saber. Y para mejor evidenciar á los siglos por venir tal verdad, adquirió con el propio destino el Fundador otros 133 volúmenes que poco después del año dicho de 1576 se trajeron de la Capilla Real de Granada. Porque es preciso no olvidar que Felipe II tenía distribuídas por todas las regiones de sus Estados comi-

¹ «En Junio de 1573 la visitó el Rey (la Biblioteca) y la encontró perfectamente ordenada, á pesar de que era ya una biblioteca respetable, pues se le había reunido la del esclarecido varon D. Diego de Mendoza, que era muy selecta y numerosa, y con la que se quedó el Rey, obligándose á pagar las deudas que aparecian en el testamento de dicho D. Diego.» Quevedo, *Historia del Escorial*, parte 1.^a, cap. VIII, pág. 74.

² Hablando Quevedo de los volúmenes pertenecientes á Diego de Mendoza y dándolos á conocer, dice: «Se distinguen en lo general por su encuadernacion particular. Una de las cubiertas es negra y la otra encarnada, y en medio de cada una un medalloncito elíptico con algunas figuras de relieve dorado, como tambien lo son unas líneas paralelas que corren de alto á bajo.» Descripción del Monasterio, pág. 328.

siones de hombres sabios y versados en materia y conocimientos bibliográficos, quienes por las vías legales y ordinarias iban recogiendo obras literarias y científicas, regaladas unas y compradas otras, que enviaban á la Biblioteca del Real Cenobio. Así, con efecto, la historia de aquellos días enseña que aquel sabio y celebrado inquisidor de libros y papeles en archivos y bibliotecas, nuestro Ambrosio de Morales, hubo de la testamentaria de D. Pedro Ponce, Prelado insigne de Plasencia, 94 cuerpos selectos y de gran precio ¹. Llegó además por aquellos mismos años al Escorial otra colección no pequeña de impresos y manuscritos de mucho mérito, como es de creer, considerada la persona célebre á quien hasta entonces habían pertenecido. Procedían todos, en número de 234, del Secretario famoso Jerónimo de Zurita, al cual nadie hay que no conozca como historiador y clásico analista del reino de Aragón ².

Cada remesa de cuerpos científicos y tan avalorados que se iban recibiendo servía de mucho contentamiento á D. Felipe; como, por ejemplo, aquella que componían 87 tomos de varios tamaños enviada al Escorial y procedente del memorable doctor Juan Páez de Castro. Ni fué pequeña la complacencia de S. M. cuando le anunciaron la llegada de otros 293 volúmenes fácilmente recogidos en Mallorca, Barcelona, en los monasterios de la Murta y de Poblet. Regocijóse asimismo contemplando estos libros, no sólo por su excelencia visible é interna, sino porque en gran parte eran obras de las más pro-

¹ «Además, por mandato de Felipe II, se trajeron de la Capilla Real de Granada 133 volúmenes. De la testamentaria de D. Pedro Ponce, Obispo de Plasencia, recogió y envió Ambrosio de Morales, *comisionado al efecto*, 94 libros.» Quevedo, *Descripción del Monasterio*, en su *Historia*, pág. 328. Todos estos datos que se van apuntando pueden leerse con mucha lindeza escritos en el libro 4.^o de la *Crónica del Padre Sigüenza*, pág. 775, donde se añade: «Del Obispo D. Pedro Ponce de Leon se juntaron tambien muchos originales de autores latinos y griegos de consideracion, por ser aquel Prelado aficionado á la buena y venerable antigüedad.»

² Quevedo: libro y página citados.

fundas del inmortal y humildísimo mártir Raymundo Lullio ¹.

Otro sabio de aquel dorado siglo tenía también comisión real de inquirir y comprar obras de sabiduría y letras por las provincias del Nordeste de España. Era el tan insigne como conocido D. Martín de Córdoba. El cual con buen arte supo haber del Prior de Roncesvalles, D. Diego González, nada ménos que 31 tomos manuscritos de mucha antigüedad y materias interesantes. Otros 130 cuerpos de varios tamaños y tratados, pertenecientes al Rey Fundador, y en poder de Serojas, fueron igualmente destinados á la librería de San Lorenzo ². Y porque se vea más y más que D. Felipe no encadenaba el pensamiento humano, «*quiso que del Tribunal del Santo Oficio se hubiesen 139 volúmenes prohibidos*, que con otros varios de esta clase hállanse hoy mismo reunidos en lugar aparte, y como siempre asequibles á quienes con licencia y necesidad los quieren consultar ³.»

Como ya se indicó arriba, no todas estas adquisiciones de saber y ciencia costaban dineros; sinó que muchas de ellas venían al Real Monasterio como obsequios y regalos al Monarca Fundador. Y así consta, verbigracia, que D. Alonso de Zúñiga envió por vía de donación á la Biblioteca del Escorial 45 volúmenes, cuya procedencia hace comprender que serían dignos del Soberano que los había de recibir. El celeberrimo orientalista de aquel siglo, D. Benito Arias Montano, fué en este punto más largo y desprendido. Porque de una sola vez regaló para aumento y riqueza incalculable de la escorialense librería, no ménos de 106 cuerpos de sumo valer y estima. Entre ellos se encuentran hoy aún 72 manuscritos hebreos, algunos de

¹ «En Mallorca, Barcelona y en los monasterios de la Murta y Poblet se recogieron 293 volúmenes, pertenecientes la mayor parte á las obras de Raymundo Lullio.» Quevedo: *Historia y Descripción* citadas, págs. 328 y 329.

² «De D. Diego González, prior de Roncesvalles, envió D. Martín de Córdoba, *visitador nombrado al efecto*, 31 manuscritos. De los que Serojas tenía del Rey 130 cuerpos.» Página 329 de la *Historia y Descripción del Monasterio*, por Quevedo.

³ «Libros prohibidos en todo, ó en parte: se trajeron de la Inquisición 139.» En la misma página 329 de la citada *Historia y Descripción*.

remota antigüedad, varios sin puntos masoréticos y con notas ó comentarios rabínicos sobre la doctrina y tradiciones de la Sinagoga y del pueblo hebreo ¹. Tampoco se podía quedar atrás en complacer al Rey, y en cooperar á la formación de la nascente Biblioteca, el muy célebre marqués de los Vélez. Y lo demostró enviando al Escorial volúmenes en número de 486, todos selectos, como es preciso suponer. Hubiéronse además otros 935 cuerpos procedentes de la testamentaría del Cardenal de Burgos; con más 135 tomos, casi todos ellos manuscritos griegos, que hasta entonces habían sido de la propiedad de don Antonio Agustín. Y no van en zaga á ninguno de los dichos, ya por su antigüedad y ya por el mérito intrínseco, los libros que con igual objeto regaló Burgos de Paz ².

De este modo se fué completando la Real Biblioteca hasta llegar á tener en vida de Su Majestad más de 10.000 cuerpos de códices y de impresos, tan notables y excelentes, que como escribe el citado historiador Quevedo, «basta el nombre de las personas que los habían poseído para reconocer su mérito.» Ni podía acontecer de otra manera; porque en apreciar, clasificar y ordenar los libros que iban llegando al nuevo recinto de las ciencias y del saber, andaban ocupados los doctísimos Padres Fr. Juan de San Jerónimo, Fr. José de Sigüenza y el nunca bastantemente enaltecido Benedicto Arias Montano. Los cuales tres varones, tan insignes en virtudes como en sabiduría, iban

¹ Hay entre estos manuscritos hebreos del Escorial algunos de mucho precio é interés á los estudios filológico-orientales. Casi todos ellos son inéditos, y por desgracia ignorados de nuestros hebraizantes. Y no estará demás dejar aquí insinuado que existe entre estos libros judíos uno como diccionario y estudio de la lengua santa que, si la memoria no me falta, se remonta nada ménos que al siglo XI, época muy antigua, y de la cual se dan pocos manuscritos hebreos.

² «D. Alonso de Zúñiga regaló para esta Biblioteca 45. Arias Montano regaló 206, entre ellos 72 manuscritos hebreos. De la Biblioteca del marqués de los Vélez 486. De la testamentaría del Cardenal de Burgos 935, y de D. Antonio Agustín 135, la mayor parte manuscritos griegos, sin contar otros muchos que varios particulares regalaron, entre los que son notables por la antigüedad y mérito algunos de los que dió el doctor Burgos de Paz.» Quevedo: en su *Historia y Descripción del Monasterio*, pág. 329.

colocando aquellos tesoros de ciencia divina y humana en la estantería lindísima y de tanto lujo, diseñada por Juan de Herrera y ejecutada con gran primor y maestría por el célebre Jusepe Flecha, en caoba, ébano, cedro, naranjo, boj, terebinto y nogal. Que hasta en esta misma obra se muestra el amor del Rey Prudente al arte y el afán que tenía por dejar á las futuras generaciones modelos perfectos de todo género ¹.

III.

IMPRESOS Y MANUSCRITOS NOTABLES.

No fácilmente se puede continuar refiriendo tan por menudo todas y cada una de las joyas científico-literarias que el Rey D. Felipe dejó en su Biblioteca de San Lorenzo para provecho de las generaciones venideras. Sin embargo, no pasaré adelante sin señalar algunos impresos, ediciones notabilísimas, y varios manuscritos que resaltan entre los otros, como torres muy altas entre los edificios de una ciudad. Ya se dijo más arriba que eran no pocos los incunables que guarda aquella real librería; pero ahora se ha de añadir, que el más antiguo de todos es el *Speculum Vitæ Humanæ* que aparece impreso en Roma, año de 1468, en casa de Pedro Máximo. Hay también dos ejemplares de la Biblia Regia de Arias Montano, de la cual habla Porreño en estos términos: «Imprimió á su costa (el Rey) la Biblia que llaman Regia, como en otra parte se ha dicho á propósito de otra virtud, con exquisitos gastos. Estampóse en Anvers, en la oficina de Christóforo Plantino, su real impresor, y asistieron á ella entre otros el doctísimo y eruditísimo español Arias Montano, el cual en el postre tomo *in*

¹ «Componían ya todas estas entregas una suma de más de 10.000 volúmenes.... siendo el primer encargado y bibliotecario el laborioso Padre Fr. Juan de San Jerónimo.... Los clasificó el célebre Benito Arias Montano, ayudado del dicho Fr. Juan y del Padre Sigüenza, que después quedó de bibliotecario.» Quevedo: *Historia y Descripción* y página citada.